

# Presentación y actualidad de José Gaos\*

Jesús M. Díaz Álvarez

UNED, Madrid

Todo filósofo quisiera ser la condición de posibilidad de sus colegas, o sea, la condición de imposibilidad de ellos.

La razón práctica es mucho más la facultad de reconocer la realidad, con sus ambigüedades, que la de aconsejar conductas, sobre todo en casos ambiguos.

*José Gaos*

## Introducción

En sus magníficas *Confesiones profesionales*, obra que debería ser de obligada lectura para nuestros graduados en filosofía, José Gaos traza a la altura de 1953 su itinerario filosófico-vital. Son muchas las reflexiones de interés que allí se hacen, pero permítaseme en los inicios de este ensayo reparar en un texto que nos servirá para ir centrando las cosas: “Es probable que todos ustedes sepan que soy reconocido, y siempre me he reconocido yo mismo, como discípulo de Ortega y Gasset. Hasta me he tenido, y no sólo íntimamente, sino también más o menos públicamente, por su discípulo más fiel y predilecto, aunque desde hace algún tiempo no puedo menos de pensar que en tal puesto o condición me reemplazó Julián Marías, y que aunque éste no me hubiera reemplazado, la divergencia de la posición tomada en la guerra civil, con todas sus consecuencias, haya hecho su efecto en el ánimo de Ortega, si no en el mío. Mas sabido es que ni la omnipotencia divina puede hacer que lo que fue no haya sido”<sup>1</sup>.

---

\* Quiero agradecer muy sinceramente a Joaquín Mindán y Rafael Lorenzo el enorme trabajo y esfuerzo invertido en la organización del curso que da pie a los textos reunidos en este volumen. También es preciso dar las gracias, como siempre, a Gema R. Trigo por la atenta lectura del original, sin olvidar, desde luego, a Antonio García Santesmases y a mis compañeros del Proyecto de Investigación *La escuela de Madrid y la búsqueda de una filosofía primera a la altura de los tiempos* (FFI2009-11707). Confío en que sus pertinentes críticas a la versión oral de lo que ahora se presenta hayan contribuido a mejorar su calidad. Por último, sólo me resta indicar que esta investigación se enmarca dentro del desarrollo del mencionado Proyecto de Investigación.

1 J. Gaos, *Obras Completas. XVII-Confesiones Profesionales. Aforística*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1982, p. 75.

Creo que para quien sepa leer entre líneas este fragmento, que no olvida el tono melancólico, ilustra más que muchas monografías especializadas la desgraciada historia de la filosofía española del siglo XX. En efecto, por un lado vemos como el transterrado Gaos establece el eje de su filiación filosófica en el magisterio de Ortega. Nunca, a pesar de la divergencia política, renegará de él ni dejará de sentirse orgulloso de su maestro, pero el desencuentro entre ambos, su separación física y distanciamiento personal, es el mejor símbolo de la quiebra que la guerra civil supuso en la cultura y la filosofía españolas. Y es que Gaos fue el primer y más granado producto de esa pionera y sublime facultad de filosofía de Madrid nucleada entorno a Ortega y, por tanto, cabe decir sin exageración, el primer discípulo de lo que después dio en llamarse “Escuela de Madrid”.

Alumno también filial de García Morente y Zubiri, los otros dos grandes nombres de aquella inolvidable facultad, Gaos representaba el inicio de la continuidad, el primer gran eslabón de una tradición incipiente que no pudo llegar a ser. Como con mucha perspicacia ha dicho Alejandro Rossi, “Fue Gaos un alumno cuidado y atendido, un verdadero experimento pedagógico que habría de colocarlo, según la expresión grata a su principal maestro, a la ‘altura de los tiempos’”<sup>2</sup>. Pero tal “experimento pedagógico”, Gaos y lo que él representaba, tuvo que abandonar el país en 1938, simbolizando la quiebra de las posibilidades e ilusiones de una plural, original y verdadera escuela de filosofía hecha en español. Lo que vino después fue una generación sin maestros y, en lo que al propio pensador asturiano respecta, su práctica desaparición de la memoria filosófica de nuestro país. Recuperar tal memoria es hoy una labor ineludible de la filosofía hecha en español. Y no por un puro afán erudito o arqueológico, sino porque la obra de Gaos, igual que la de Zambrano, Marías, Rodríguez Huéscar y otros miembros de aquella facultad madrileña, representan ensayos importantes a la hora de reflexionar sobre el presente, sobre quienes somos y lo que nos pasa, ensayos que además pueden ponerse en estricta correlación con la mejor filosofía del siglo XX.

Mi cometido en las páginas siguientes es insinuar esa contemporaneidad y fecundidad de las ideas de José Gaos. Y lo haré en dos apartados. En el primero de ellos, “algunas notas sobre la filosofía de José Gaos”, llevaré a cabo una esquemática presentación de su *Filosofía de la Filosofía*. En el segundo, mucho más breve, y que es más bien una conclusión o corolario del anterior, intentaré sacar la que me parece es la principal y actualísima lección que Gaos

---

2 A. Rossi, “Nota editorial”, en J. Gaos, *La filosofía de la filosofía* (Antología preparada por Alejandro Rossi), Fondo de Cultura Económica, México, 2008, p. 9.

nos quiso transmitir con su reflexión. Lo he titulado “La filosofía de la melancólica serenidad frente a la soberbia filosófica. Por un debilitamiento del pensar”. Pero antes permítaseme que dedique algo de tiempo a recorrer algunos de los mojonos mas destacados de su no muy conocida biografía.

### Notas biográfico-intelectuales<sup>3</sup>

José Gaos y González Pola nació el 26 de diciembre de 1900 en Gijón. Hijo de una numerosísima familia –su madre llevo a tener 14 hijos, de la que terminaron sobreviviendo 9–, se crió sin embargo no con sus padres, sino con sus abuelos maternos en la comunidad que lo vio nacer, Asturias. Le gustaba decir medio en broma que tenía mentalidad de “nieto único”. Allí comienza sus estudios y cursa el bachillerato en el colegio de Santo Domingo, regentado por dominicos. De esta época cabe señalar dos cosas. La primera es el encuentro con el libro que despertaría su vocación filosófica, el *Curso de Filosofía Elemental* del neoescolástico español Jaume Balmes. La segunda, el carácter integrista de sus abuelos, lo que les situaba en palabras del propio filósofo en “la extrema derecha del carlismo”. Esta apreciación biográfica no deja de tener importancia porque Gaos vinculará en parte su agnosticismo en materia religiosa, que en algún momento se coronó de una fuerte propensión a “sinrazonar” la fe, es decir, a tratar de mostrar racionalmente el sinsentido de las creencias religiosas, así como su propia filiación política posterior al Partido Socialista, con el ambiente carca y religiosamente opresor de aquel período.

En 1915 se traslada a Valencia para vivir con sus padres y continuar sus estudios. El ambiente en su nuevo hogar es profundamente distinto. Su padre, hombre de convicciones liberales, notario de profesión y con afición a la filosofía del derecho, disponía de una buena biblioteca de filosofía en la que el joven José pudo leer, entre otros, a los clásicos, a los krausistas españoles, a los positivistas como Taine y, sobre todo, a Shopenhauer y Nietzsche. En 1917

---

3 Una de las muchas cosas que todavía esta por hacer es una biografía intelectual de Gaos. En relación a este asunto algunos textos interesantes son: T. Rodríguez de Lecea, “Introducción”; T. Rodríguez de Lecea (entrevistadora) “Fernando Salmerón discípulo de Gaos”; M. Mindán, “El magisterio de José Gaos en España”; L. Zea, “José Gaos”; J. Abellán, “Los Gaos. Una saga familiar eminente”, y, sobre todo, el conmovedor testimonio de su hija Ángeles “A mi padre”. Todos estos escritos se encuentran en el estupendo volumen editado por Teresa Rodríguez de Lecea *En torno a José Gaos*, Alfons el Magnànim, Valencia, 2001. También son de gran interés los prólogos que aparecen en la edición de las *Obras Completas* y el artículo de Alejandro Rossi “Una imagen de José Gaos”, en J. Gaos, *Filosofía de la filosofía* (Antología y presentación de Alejandro Rossi), Crítica, Barcelona, 1989, pp. 10-17.

termina el bachillerato y empieza en Valencia los estudios de filosofía que continuará en Madrid, donde llega en septiembre de 1921. En aquella ilustre facultad dominada por Ortega, García Morente era el verdadero iniciador y “discriminador” de los alumnos que después iban a seguir los cursos del autor de *Meditaciones del Quijote*. En las *Confesiones profesionales*, Gaos da jugosas descripciones del funcionamiento de la institución y de los personajes ilustres y menos ilustres que por allí pululaban. Enseguida empatiza con Morente, que se da cuenta de su gran capacidad, y lo toma bajo su protección. Le ofrece las primeras traducciones para la Colección Universal Calpe que dirigía y le ayuda no sólo académicamente, sino también vitalmente cuando su padre, una vez obtenida en 1923 la licenciatura en filosofía, le dice que ya no le sufraga la continuación de sus estudios. En fin, gracias a los auspicios de Morente, y con el total apoyo de Ortega y Zubiri, con quien también había trabado una gran amistad, proseguirá sus estudios, doctorándose en 1928 con una tesis cuyo tema había sido acordado previamente con sus tres maestros. El trabajo versó sobre un asunto de moda en la filosofía del momento, *La crítica del psicologismo en Husserl*, y obtuvo el premio extraordinario. Con el doctorado bajo el brazo aprueba ese mismo año las oposiciones de catedrático de instituto, ejerciendo en el Instituto de Segunda Enseñanza de León. Permanece allí hasta 1930, fecha en la que saca la cátedra de *Introducción a la filosofía* de la Universidad de Zaragoza<sup>4</sup>. En 1931, con los vientos renovadores y las ilusiones de la república recorriendo España, ingresa en el Partido Socialista y, a petición de Ortega, en la Agrupación al Servicio de la República. Su incorporación al Partido Socialista se debió en lo ideológico, no al marxismo, que Gaos conocía bien y al que nunca se sintió vinculado, sino al espíritu liberal-humanista que impregnaba la organización y que estaba eminentemente representado por Fernando de los Ríos, su padrino de ingreso en la Agrupación de Zaragoza. Más allá del ámbito de las ideas, Gaos siempre consideró que “el partido se destacaba entre los demás españoles como el más serio de todos; por la grave educación cívica que había dado a la mayoría de los obreros y los campesinos españoles fuera de la zona levantina dominada por el sindicalismo; por la conducta austera de sus dirigentes y sensata de sus masas”<sup>5</sup>. Esta vinculación al Partido Socialista le llevó a ser candidato a las Cortes Constituyentes republicanas por la Agrupa-

---

4 Será en Zaragoza donde entable relación con a uno de sus discípulos más queridos, el Padre Mindán, con el que a pesar de sus discrepancias políticas, con la guerra civil y la durísima posguerra de por medio, mantendrá una profunda amistad hasta el final de su vida. Lo cual dice mucho de ambos hombres, dado el duro tiempo que les tocó vivir.

5 J. Gaos, *Obras Completas. XVII-Confesiones Profesionales. Aforística*, p. 102.

ción de Zaragoza, aunque no salió elegido, y más tarde, ya en plena guerra civil, a aceptar el rectorado de la Universidad de Madrid.

Pero volvamos nuevamente a 1931 y a la Universidad de Zaragoza. Allí permanece Gaos dos años, hasta 1933, que es cuando su antiguo protector, Manuel García Morente, una vez más de conformidad con Ortega y Zubiri, le llama a Madrid para ocupar una plaza que pronto se consolidará en una cátedra de *Introducción a la filosofía*. Con este nombramiento se cerraba el círculo. El alumno excepcionalmente dotado se reunía de nuevo con sus maestros, pero aupado ya a la categoría de profesor. Además, su cátedra cumple ahora la función antes asignada a la de Morente. Forma y filtra los alumnos más capaces, los que seguirán más tarde los cursos con Ortega, Zubiri y el propio Morente. Es en este período en el que se produce la verdadera intimidad y amistad con Ortega. Es en esta época en la que se vuelve su mejor, más fiel y querido discípulo, el de sus excursiones casi diarias a Galapagar en las que el filósofo madrileño lo utiliza, en palabras del propio Gaos, como el “oyente perfecto”. Es también la época del descubrimiento y estudio de Heidegger de la mano de Zubiri, de sus colaboraciones en *Revista de Occidente* y de sus planes para ir a estudiar a Alemania con el genio telúrico de la Selva Negra. Pero como ya indiqué al principio, todo eso se perdió irremisiblemente para el propio Gaos y para la filosofía española con el estallido de la guerra civil. Llevado por su compromiso moral y político acepta, ya lo indiqué, en plena contienda, el rectorado de la Universidad. Tuvo que resultarle muy dura aquella situación, entre otras cosas porque sus queridos maestros, Zubiri, Morente, Ortega, habían optado, también en conciencia, por abandonar a la república<sup>6</sup>. En 1938, y ante la segura pérdida de la guerra, se exilia en México. Pronto es consciente que la dictadura franquista está ahí para quedarse, así que adquiere la nacionalidad mexicana en 1941. Desde ese momento, México, el buen México del presidente Lázaro Cárdenas, que tan generosamente acogió a los exiliados españoles, será su “patria de destino”. Y tras unos años muy duros, con múltiples pluriempleos y noches en vela traduciendo para poder sacar adelante a su mujer y sus dos hijas, se convirtió con el tiempo en el principal referente filosófico mexicano y uno de los más importantes de Hispanoamérica. Miembro del Colegio de México (antigua La Casa de España en México) y catedrático de la prestigiosa Universidad Nacional Autónoma de México, murió en la tierra que lo acogió y él hizo suya en 1969<sup>7</sup>. Le falló su enfermo corazón cuando acababa

---

6 Para una sentida crítica a sus maestros, cf. J. Gaos, *Ibidem*, p. 104.

7 En 1966 Gaos abandonó por motivos de conciencia su cátedra en la UNAM. Renunció para solidarizarse con el Rector de la institución, el Dr. Ignacio Chávez, que se vio forzado a dimitir

de firmar el acta del examen de doctorado de uno de sus alumnos. Su amplia obra, desgraciadamente poco conocida entre nosotros, está recogida en XIX gruesos volúmenes, algunos de los cuales está todavía en curso de publicación. Por propia decisión, nunca volvió a España.

### Algunas notas sobre la filosofía de José Gaos<sup>8</sup>

En su magistral pieza *Discurso de filosofía* del año 54, José Gaos insiste en una idea que permanece constante, aunque con matices, a lo largo de prácticamente toda su vida. Tal idea es que la filosofía se compone de dos partes diferenciadas. Una, a la que puede rotularse con el nombre de “fenomenológica”, aunque no es el único que le da, versa sobre los fenómenos inmanentes de este mundo o, expresado de otra manera, trata sobre cualquier objeto o sistema de objetos perteneciente a este mundo, es decir, de objetos de los que podemos tener una experiencia real o posible. Tales objetos, teniendo en cuenta el sentido amplio que el filósofo le asigna a la palabra, podrían ir desde los pertenecientes al ámbito de la lógica o las matemáticas, o aquellos que tiene que ver con la propia exploración de la conciencia, hasta los relativos a la realidad social o política.

La otra parte de la filosofía de la que habla Gaos es la que se conoce con el viejo y noble nombre de metafísica. Ésta se habría esforzado tradicionalmente por ofrecer a los humanos un *conocimiento científico*, y subrayo la palabra, de objetos de los que por propia definición no tenemos experiencia en este mundo ya que, al decir del filósofo asturiano, pertenecen supuestamente a otro: el alma sustancial, espiritual e inmortal, los seres celestiales o infernales y, sobre todo, el mismísimo Dios<sup>9</sup>. Pues bien, no hace falta recordar la prudente dedicatoria de Descartes en sus *Meditaciones metafísicas* a los ilustres doctores de la facultad de *teología* de la Sorbona, para darse cuenta de que nuestra tradición ha identificado prácticamente la filosofía misma o lo más granado de ella con la metafísica. Y es que bien mirado no sólo se ha ocupado ésta de los

---

ante las protestas estudiantiles de ese mismo año. Gaos continuó trabajando en el Colegio de México hasta su fallecimiento en la fecha arriba indicada.

8 Para una breve presentación canónica de la filosofía de Gaos, cf. A. Zirión, “José Gaos (1900-1969)”, en M. Garrido, N. R. Orringer, L. M. Valdés, M. M. Valdés (coords.), *El legado filosófico español e hispanoamericano del siglo XX*, Cátedra, Madrid, 2009, pp. 535-544. Del mismo autor, que es también el actual editor de las *Obras Completas*, se leerá con provecho: “José Gaos y la ‘Única Filosofía’”, en T. Rodríguez de Lecea (ed.), *op. cit.*, pp. 141-156.

9 Sobre estas dos ideas, cf. J. Gaos, “Discurso de filosofía”, en J. Gaos, *Filosofía de la filosofía* (Antología preparada por Alejandro Rossi), Fondo de Cultura Económica, México, 2008, p. 200.

objetos más ilustres de los que hablar cabe, caso del alma, sino que al ser, en última instancia, una reflexión racional sobre Dios, entendido como ser supremo y primer principio, la metafísica terminaba por conformar la clave de bóveda de un discurso cierto sobre la totalidad de lo que hay. En este sentido, no es exagerado decir que en nuestra tradición la metafísica ha culminado en teología.

Ahora bien, si en opinión de Gaos, es posible hacer un discurso más o menos científico, es decir, de corte relativamente universal o universalizable, con lo que sería la parte fenomenológica de la filosofía, resulta sin embargo imposible esperar otro tanto de la metafísica. Asumiendo tal tesis, la carga de profundidad que Gaos está dejando caer consiste, ni más ni menos, que en afirmar que el supuesto discurso científico sobre la totalidad de lo real que es la metafísica, epítome por excelencia como ya dije, de la propia filosofía desde Grecia, ha quebrado, se ha vuelto imposible, pertenece, en definitiva, a una época que no es la nuestra. Y la mejor prueba de ello es la historicidad, entendida ahora también como caducidad, de unos supuestos sistemas filosóficos que nos vienen prometiendo desde hace más de dos mil años que a partir de cada uno de ellos la filosofía va a entrar, ahora sí definitivamente, por el seguro camino de la ciencia. En suma, es la historia de la filosofía misma la que plantea el problema de la verdad del discurso filosófico.

Expresado de otra forma, la impugnación más clara de la pseudocientificidad de la metafísica es la pluralidad de sistemas incompatibles que se dicen descripciones absolutamente evidentes de los primeros principios de lo real a los que no cabría más remedio que asentir. Y ello porque parece que a lo que hay que asentir es, más bien, a la discrepancia, a la historicidad de una verdad que erróneamente se creía *Una* más allá de todo tiempo y lugar. Gaos reconoce en múltiples textos, pero con abundancia de ejemplos y anécdotas en sus *Confesiones profesionales*, que esa pluralidad e historicidad de lo tenido por verdad en la metafísica fue el desencadenante de su vocación filosófica y el enigma fundamental que ha perseguido y lo ha perseguido durante toda su vida. Sus largos años de dedicación a la historia de la filosofía están también detrás de este asunto. Y su respuesta a ese enigma vendrá en la forma de una *Filosofía de la Filosofía*. Una reflexión sobre la propia esencia del discurso filosófico y de quien lo practica. Desgranaré a continuación muy a vuela pluma, y esperemos que sin hacerle demasiada traición, algunas de las ideas Gaosianas acerca de esa *Filosofía de la Filosofía*.

Tenemos, pues, que la metafísica ha quebrado, que hay una diseminación de discursos supuestamente científicos sobre la totalidad de lo real que no coinciden entre sí. A la vista de estos hechos inapelables la pregunta lógica es:

¿por qué ha fracasado la metafísica? La inteligente respuesta de Gaos es que ese hecho ha acontecido porque este discurso ha pretendido hacer ciencia en un sentido fuerte con unos objetos que son propios de la fe religiosa. Pero como en su día mostraron Kant y antes que él Pascal, tal propósito es un sinsentido. No puede haber ciencia real de la inmortalidad del alma o de Dios. La metafísica es un extraño híbrido de razón y fe que estructuralmente no se sostiene. En unos de sus brillantes aforismos nos dice el filósofo asturiano: “la religión es un proceder religiosamente con objetos religiosos. La ciencia, un proceder científicamente con objetos científicos. La astrología, la alquimia, la aritmética pitagórica, la cábala, la magia, un proceder seudocientíficamente con objetos científicos. La metafísica, un proceder seudocientíficamente con objetos religiosos”<sup>10</sup>.

Sabemos ya, según el dictamen de Gaos, por qué la metafísica no funciona, pero todavía tenemos que contestar a una pregunta esencial: ¿por qué los humanos no han tenido suficiente con la religión, con la fe religiosa para dar sentido y explicación a la existencia? ¿Por qué se han empeñado en demostrar científicamente la inmortalidad del alma o la existencia de Dios? ¿Por qué han pretendido generar un discurso científico imposible sobre la totalidad de lo real? ¿Por qué han insistido una y otra vez hasta tiempos muy recientes en la creación de sistemas metafísicos? En definitiva, ¿por qué empezaron a filosofar? La contestación de Gaos es desconcertante y genial. Por *soberbia*. La filosofía, y más en concreto, la metafísica en tanto que corazón de aquella, es producto de la desmesura humana, de la satánica idea consistente en pensar que podemos huir de la contingencia, la historia, el tiempo, en suma, del individuo que cada uno de nosotros somos, mediante la construcción de un sistema que logra una total transparencia sobre los principios que presiden todo lo que hay, incluso sobre el mismo Dios. Y es que en el fondo, tal soberbia se dispara por la angustia que nos genera el asumir nuestra inalienable individualidad y, de la mano de ella, nuestra radical soledad. En íntima relación con esta huida, Gaos unirá muy heideggerianamente, pero también con claros ecos Orteguianos y nietzscheanos asimilados de modo muy particular, unirá, digo, metafísica, racionalidad en un sentido fuerte, universalidad y verdad con una voluntad expresa de poder, con un intento de domino sobre mi mismo, el mundo y los otros.

---

10 J. Gaos, “12% (Aforística publicada)”, en J. Gaos, *Completas. XVII-Confesiones Profesionales. Aforística*, p. 157.



Aunque son un poco extensos, no me resisto a citar dos fragmentos que recogen de modo punzante la idea anterior. Recordando un día mis primeras lecturas adolescentes de filosofía, dice Gaos, “se me ha destacado con toda nitidez en la memoria una impresión de *dominación* sobre TODO... Es la impresión propia, según la reduje a conceptos más tarde, de la ciencia o disciplina de los *principios*. Todo lo comprendí plenamente cuando leí en Aristóteles que el filósofo es el que sabe de todas las cosas, no porque sepa de cada una de ellas en particular, sino porque es *dueño* de los principios que las *dominan*, y que este saber es realmente un saber de *dominación*, pues el sabedor o dueño de los principios incumbe mandar a los demás y no el ser mandado por ellos: lo que se me confirmó decisivamente cuando caí en la cuenta de la etimología de la palabra principio o de la que por ella se traduce, *arché*, que son palabras de las familias en que figuran *arconte* y *príncipe*”<sup>11</sup>. El otro texto reza del siguiente modo: “Pero mucho más importante me parece una última huida del horror de la soledad, de la individualidad: la que, tengo ya la vieja convicción, que hay en la atribución de la universalidad a la verdad. Los conceptos de ‘verdad histórica’, ‘verdad personal’, asustan o irritan a la inmensa mayoría, no sólo del vulgo culto, sino de la minoría de los filósofos distinguidos. Una verdad que no sea universalmente válida, o verdad igualmente para todos, no puede ser una verdad. Pero si se indagan las razones de esta manera de pensar, tan generalizada y tan evidente, al parecer se descubre que no son sólo razones propiamente tales, razones lógicas, sino también, y quizá más a fondo y decisivamente, motivos alógicos: una verdad que sólo lo sea para mí, que sólo pueda conocer yo, que sólo me obligue a mí, me *se-grega* de la *grey*; me *estrecha* exclusivamente contra mí mismo, conmigo mismo; me *angustia* con un tener que responder a la obligación que me impone con una responsabilidad absolutamente singular, que no puedo descargar sobre nadie, que no puedo compartir con nadie... No, horror. Venga la verdad universal, que no es de nadie porque es de todos; en la que el *regarismo* humano, convirtiendo a los individuos en rebaño, en masa lógica, los salva de la soledad individual”<sup>12</sup>.

En resumen, para Gaos, la metafísica es un acto de soberbia humillado, refutado por la pluralidad de continuas perspectivas filosóficas que rompen la pretensión de una única y universal verdad que se corresponde con una única y cerrada realidad. En consecuencia, los grandes y desmesurados sistemas filosóficos, construidos para huir de la angustia provocada por la soledad radical

---

11 J. Gaos, *Ibidem*, pp. 117-8.

12 J. Gaos, *Ibidem*, pp. 122-3.

que somos y así dominar la contingencia de lo que hay, no terminan por ser más que “confesiones personales”; visiones o perspectivas de sentido destiladas por la intimidad de cada pensador; relatos de vida más o menos coherentes que muestran, hasta donde es posible, la individualidad de cada uno de ellos. Y termino de decir, “hasta donde es posible”, porque Gaos entenderá que la raíz última de tal individualidad, su *daimon* profundo, es estricta e irremisiblemente singular e incommunicable<sup>13</sup>. Pero si esa radical individuación en que nos sumerge nuestra vida es, según el filósofo asturiano, el cañamazo último que nos constituye y filtra para nosotros el sentido del mundo, es lógico que tal sentido no sea universal, sino que se desparrame en multitud de perspectivas, idealmente tantas como seres humanos existen. Por eso la tarea metafísica estaba condenada al fracaso.

Esta idea de la filosofía como “confesión personal” es una de las tesis esenciales de la *Filosofía de la Filosofía* de nuestro autor. Pero ¿significa esto que no tiene ya sentido seguir hablando de verdad, que dado que no existe una verdad universal para todo tiempo y lugar no nos queda más remedio que nadar desesperados en el abismático mar de la arbitrariedad y relatividad más absoluta? La mayoría de los intérpretes del ilustre transterrado se inclinan, de una manera u otra, por este parecer. Entienden al genial filósofo como un escéptico cuyo pensamiento termina por generar tantas paradojas que acaba colapsándose y condenándonos prácticamente a la incompreensión o el silencio. Si toda filosofía es confesión personal de una mónada últimamente encerrada en sí, parece que no hay mucha escapatoria<sup>14</sup>. Yo creo, sin embargo, que puede hacerse una hermenéutica más caritativa de esta tesis radical que le acercaría a algunos de los mejores pensadores de nuestra época, más en concreto, a los postmetafísicos de estirpe pragmática y hermenéutica. Insinuando esta posición concluiré el ensayo<sup>15</sup>.

---

13 Cf. a este respecto la última lección, “autobiografía y autocrítica del curso”, de su *opus mágnum De la filosofía: J. Gaos, Obras Completas XII. De la filosofía*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, pp. 416-429.

14 Esta es incluso la interpretación más común en algunos de sus más destacados discípulos. Cf., entre otros, A. Rossi, “Una imagen de José Gaos”, en J. Gaos, *Filosofía de la filosofía* (Antología y presentación de Alejandro Rossi), Crítica, Barcelona, 1989, pp. 11- 17. Y L. Villoro, “Prólogo”, en J. Gaos, *Obras Completas XII. De la filosofía*, pp. V-XXVIII.

15 En dos trabajos posteriores aún no publicados he concretado la propuesta de actualización del pensamiento de Gaos sólo aquí bosquejada. En ellos hago una lectura de la Filosofía de la filosofía vinculandola al pensamiento débil de Richard Rorty y Gianni Vattimo. Sé, desde luego, que esta es sólo una posibilidad entre varias. También intuyo que a muchos les parecerá extemporánea. Sin embargo, creo que ciertos paralelismos están ahí y merece la pena explorarlos.

## **La filosofía de la melancólica serenidad frente a la soberbia filosófica. Por un debilitamiento del pensar**

¿Por qué rechazo pues la interpretación del Gaos escéptico cuyo pensamiento se colapsa a sí mismo en paradojas irresolubles y en incomunicación? En primer lugar es preciso volver a reparar en las dos partes en que el filósofo hispano dividió la filosofía y que ya comentamos al inicio de la sección anterior. En efecto, con respecto a la llamada filosofía fenomenológica no existe en principio un problema mayor de comunicabilidad o científicidad. No habría en ella, en primera instancia, un problema con la verdad en el sentido tradicional.

Pero ¿qué ocurre con la metafísica, con aquel discurso que trata probablemente de las cosas que más nos importan, pues afectan de modo directo al sentido que le damos al mundo y a nuestra vida? ¿Nos condena Gaos al más absoluto escepticismo, al relativismo, a la arbitrariedad más grosera? Ya he dicho que creo que no. En mi opinión lo que cabalmente hace el filósofo con su crítica al discurso metafísico es asumir la fragilidad y limitación del conocimiento humano. Nuestra contingencia. Hoy ya no es posible, como diría su maestro Ortega, y con él muchos de los mejores pensadores de las centurias pasada y presente, aceptar que tenemos acceso al punto de vista de Dios. Somos humanos, no dioses, y no podemos, y sobre todo no debemos, imbuirnos de los atributos que no son propiamente nuestros. Se trata, pues, de asumir, de una vez por todas, nuestra humanidad. Como dice bellamente Gaos en un magnífico aforismo: “El hombre es el único ente descontento con su suerte ontológica, el único ente que quisiera ser otro. Por eso tiende a *su* aniquilación, es decir, como *hombre*, hasta por la vía de la identificación con Dios”<sup>16</sup>. Además, la soberbia de la metafísica, la soberbia de identificarse con Dios pretendiendo haber dado de una vez por todas con las claves de lo real, con la verdad universal y necesaria en acto, no sólo cancela nuestra humanidad, sino que destapa la peor voluntad de poder con respecto al mundo y los otros. El propio Gaos así lo reconoció en los fragmentos anteriormente citados sobre la soberbia como origen de la filosofía. Y en su *Discurso filosofía* del 54 es, si cabe, más claro al respecto, oponiendo la pluralidad del mundo, la diversidad de puntos de vista, a la violencia ejercida en nombre de un supuesto Primer Principio unificador<sup>17</sup>.

Por otro lado, aunque es verdad que Gaos proclama el carácter último e incomunicable de la perspectiva individual, no dice en ningún momento que

---

16 J. Gaos, *Completas. XVII-Confesiones Profesionales. Aforística*, p. 163.

17 J. Gaos, “Discurso de filosofía”, op. cit., p. 219.

no sea posible hablar o intentar transmitir, aunque sea precariamente, el punto de vista propio. Es posible y necesario hacerlo y, en consecuencia, es posible que el otro y yo aprendamos mutuamente en un diálogo o intercambio de argumentos. El “enriquecimiento mutuo” y tentativo, expresión que le gusta emplear para describir ese intercambio de pareceres, es algo que defenderá sin fisuras. Pero hablar en esos términos del diálogo con el otro es una cosa y otra muy distinta sostener que es factible hacer entender al que no soy yo mi punto de vista de modo absoluto. Eso significaría algo así como que el otro y yo somos en algún sentido intercambiables; que no somos dos individuos en el radical sentido de la palabra; en definitiva, que no somos humanos, sino una especie de sujeto trascendental universal y común en todos sus extremos. Pero ese tipo de fantasma es justamente el que impugna Gaos. Además, ¿quién está seguro de haberse comprendido a sí mismo, de tener claridad completa sobre su yo? Al final, se trata para el filósofo transterrado, por lo tanto, no de renunciar a la verdad en general, sino de deflactarla, de personalizarla, de historizarla. Si así lo hiciéramos, cree que sería posible emprender una conversación verdaderamente humana. Enredados en ella podríamos rebajar el grado de violencia y contemplar el espectáculo del mundo y la pluralidad que le es propia sin angustia, con una, y es expresión suya, “indulgente y melancólica serenidad filosófica que no necesita ser engreimiento en la *soberbia*”. A la filosofía de la soberbia “cabe oponer una ‘filosofía’ de la *melancólica serenidad*”<sup>18</sup>. Una filosofía que ante la diversidad del mundo trata de volver “a los hombres más juiciosos y más aptos de lo que han sido hasta aquí”. Esta noble utopía moral, y no la defensa de la relatividad más crasa y arbitraria, es la que en mi opinión alienta detrás del pensamiento de Gaos, detrás de su Filosofía de la filosofía. ¿Y cómo no reconocer en ella no sólo el aliento, sino el cuerpo vivo de algunos de los mejores filósofos del siglo?

---

18 J. Gaos, *Ibidem*, p. 219.